

a los señores de Schwyz, Uri, Unterwalden y Zug, que no permitiesen por más tiempo, que Dios fuese constantemente ofendido, que el pueblo estuviese expuesto a grandes peligros y fuese deshonrado su nombre de católicos. Luego fundamentó muy en particular la necesidad de castigar la violación del celibato con la suspensión, conforme al Derecho canónico y encargo del Papa. Añadió que la práctica de la clausura en los monasterios de monjas conforme a las ordenaciones del concilio de Trento no era tan difícil, pues por ella no quedaban en manera alguna excluidas las visitas de los parientes ni su alojamiento en habitaciones fuera del monasterio. Que también la cuestión de la colación de los beneficios era más fácil de arreglar de lo que muchos creían. Que el derecho de patronato no se violaba, sino se confirmaba. Que no se hiciese más que preguntar a los señores de Friburgo lo que él les había propuesto, y se siguiese el ejemplo de ellos. Al fin Bonhómini puso de realce todavía que sus exigencias de reforma no contenían otra cosa que lo que ya habían admitido los cantones católicos con su aquiescencia a los decretos tridentinos (1).

Qué impresión produjo la conducta de Bonhómini, se ve claramente por la carta que los siete cantones dirigieron al Papa el 30 de octubre. Le dan las gracias por el envío del nuncio, cuya venida había sido en extremo necesaria y provechosa, por sus necesidades religiosas y en especial por causa de la reforma del clero. Expresamente se hace aquí notar cuán excelentemente desempeñaba Bonhómini su cargo y cuán caritativo y bondadoso se había mostrado con ellos (2). Según esto el nuncio tenía todas las razones para no estar descontento del resultado de las negociaciones, aun cuando no se pudo lograr que los cantones católicos se pusiesen de acuerdo respecto a las providencias comunes que habían de tomar para satisfacer las exigencias del representante del Papa. Por eso en atención a las circunstancias de Suiza siguió en adelante el camino más conducente y eficaz de tratar sus proyectos de reforma con las autoridades de cada cantón por separado y avenirse con ellas sobre los mismos. De esta manera debía lograr salir al cabo con muchas cosas buenas, principalmente en Lucerna y Friburgo, las cuales en lo sucesivo por la fuerza del ejemplo y del influjo de aquellas dos ciudades fueron hallando entrada poco a poco en los demás cantones (3). Para alcanzar su noble fin trabajó incansablemente como antes, haciendo representaciones de

(1) V. Theiner, III, 57 s.; Steffens-Reinhardt, I, 590 s.

(2) V. *ibid.*, 604 s.

(3) V. Segesser, *Historia del derecho de Lucerna*, IV, 434.

palabra y por escrito. Ya presto había de dejar ver felices éxitos en Schwyz y Uri (1), especialmente en su lucha contra el concubinato, grandemente aprobada por la Santa Sede (2).

También el abad de San Galo, Joaquín Opser (3), se mostró ahora más accesible. Bonhómini pudo continuar allí la visita y celebrar el 28 de septiembre una asamblea de eclesiásticos tocante a los decretos de reforma que se habían de publicar. Lo mismo hizo en Wyl. Cuánto reinaba aún el sentimiento católico en Suiza, se lo demostró su brillante recibimiento en el país de Appenzell, que desde hacía cien años no había vuelto a ver ningún obispo. Pero no faltaron tampoco dolorosas experiencias, como la ofensiva repulsa en la cartuja de Ittingen y en la abadía de Wettingen, donde los dos abades habían sido instigados por los bailes de la tierra. Bonhómini los citó a Lucerna para exigirles responsabilidades (4). De allí el 12 de diciembre se encaminó por segunda vez a Friburgo para continuar su visita pastoral y celebrar un sínodo diocesano. Desde Friburgo quiso visitar el cantón de Valais. Aunque allí los que tenían las riendas del gobierno estaban enteramente alejados del movimiento protestante, era tan honda la propensión a establecer una Iglesia nacional y a subordinar la Iglesia al Estado, que el representante del Papa sufrió una ofensiva repulsa; juntamente la afirmación de que tras el pretexto de la visita se escondía la codicia de la curia, hubo de ofrecer el título aparente para sustraer los abusos e inmoralidades a la corrección por parte de la autoridad (5). Semejantemente estaban también las cosas en otras partes. Pero la energía y el ánimo de Bonhómini no se arredró por ninguna dificultad. Cuando las circunstancias lo exigían, sabía también condescender con prudencia. Esto se mostró en su proceder ante

(1) V. Steffens-Reinhardt, I, 625, 636.

(2) V. *ibid.*, 617, 628, 641.

(3) Sobre J. Opser, que con el tiempo entró enteramente en los caminos de la restauración católica, v. Scheiwiler en la *Revista de historia eclesiástica de Suiza*, XII, 43 ss.

(4) V. Steffens-Reinhardt, II, xv. Respecto de Ittingen v. el sólido artículo de Büchi, fundado con frecuencia en material inédito, sobre el curso de la reforma en los monasterios de Turgovia, en la *Revista de historia eclesiástica de Suiza*, I, 84 s. Sobre Wettingen v. la *Crónica Cisterciense*, XXI, 122 ss.

(5) Esto lo hace resaltar con razón Fueter en su disertación sobre las relaciones de la nunciatura suiza publicada en la *Revista Hist.*, CI, 163.

los enviados de los cantones católicos en enero de 1580, en Lucerna.

Por efecto de las quejas, principalmente de parte de los monasterios de Turgovia, así como de las dificultades con que había tropezado Bonhómini en los gobiernos de los cantones católicos respecto de la colación de los beneficios, se había esparcido una opinión muy desfavorable para él; la cual se difundió también entre los de Lucerna, que se creían desatendidos. Bonhómini explicó y defendió su proceder y quebrantó la oposición, declarando que en lo futuro pondría en conocimiento de los cantones sus ordenaciones antes de publicarlas. Estos en cambio quisieron prestarle su apoyo en el castigo de los clérigos culpados (1).

En el tiempo siguiente Bonhómini se vió muy ocupado con la contienda entre el obispo de Coira, Beato de Porta, y sus exasperados adversarios. Su conducta en este negocio demuestra cuán poco corresponde a la verdad la imagen que los enemigos del nuncio trazaron de él como de un celador meridional. Dada la falta de probabilidad de componer por vía de derecho las contiendas del obispo con sus adversarios, y de mover a la liga cadea a reconocer todos los derechos del prelado de Coira, Bonhómini defendió el punto de vista de que para salvar el obispado se habían de hacer grandes concesiones en las cuestiones pecuniarias. Pues en Coira, como escribió, no decide el derecho, sino la fuerza (2). Fuera de esto instó a que Beato de Porta fijase su residencia en Coira. En las negociaciones con Beato en Fürstenberg en el Vintschgau el obispo se negó a volver a Coira. Bonhómini consiguió solamente una resignación en manos del Papa, que al principio se había de mantener secreta; luego se trasladó a Innsbruck para verse con el archiduque Fernando, y finalmente a Brescia para tener una conferencia con San Carlos Borromeo. Por consejo de éste, después de celebrar un sínodo diocesano en su obispado de Vercelli, emprendió un viaje a Roma, para dar allí cuenta personalmente al Papa y al cardenal secretario de Estado, de los negocios de Coira y de los demás de Suiza. En junio volvía a estar en Coira, donde impidió que pasase adelante la liga cadea, comunicándole la eventual resignación del obispo. Luego partió para Baden a fin de asistir a la dieta suiza, donde exhortó a los envia-

(1) V. Mayer, *El concilio de Trento*, I, 261 s.; Steffens-Reinhardt, II, 43 s.; Hürbin, II, 247.

(2) V. Steffens-Reinhardt, II xxii.

dos de los siete cantones a que ejecutasen finalmente las reformas por él propuestas en el clero secular y regular (1).

El difícil asunto de Coira ocasionó en julio y agosto nuevos fatigosos viajes sin que se alcanzase un resultado. Fué un consuelo para el nuncio el haber hallado en Lucerna más favorable la disposición para la reforma. En Friburgo deshizo todos los reparos contra la fundación por él desde largo tiempo arduosamente promovida de un colegio de jesuitas, que Gregorio XIII había erigido por bula de 25 de febrero de 1580 «para procurar la salud de las almas, para instruir a la juventud y para desterrar las novedades religiosas» (2).

Por el otoño el incansable nuncio en interés de los obispos de Lausana y Basilea emprendió un viaje a Borgoña para verse con el arzobispo de Besançon, cardenal de la Baume, con cuya ocasión trabajó también para la introducción de reformas eclesiásticas en el Franco Condado. Después fué a ver por segunda vez al obispo Blarer en Pruntrut y le exhortó a proceder más rápidamente contra sus vasallos separados de la Iglesia. Ahora visitó también con intervención de los funcionarios del archiduque Fernando la abadía de Lützel en Alsacia, y con previo conocimiento del arzobispo de Besançon la ciudad de Pruntrut. Después se encaminó por Basilea al cantón de Turgovia, donde la contumacia del abad de Kreuzlingen y de la abadesa del monasterio cisterciense de Feldbach le ocasionaron muchos sinsabores. Con esto vió con experiencia lo mismo que su maestro Borromeo en el Tesino: aquí como allí la ambición y la codicia de los bailes eran las que impedían las reformas y apoyaban a los monasterios contumaces (3).

Empleóse el mes de octubre en un viaje al sur de Alemania y al Tirol. Logró Bonhómini ganar al archiduque Fernando para que arreglase el negocio de Coira y las cosas eclesiásticas en la parte austríaca de los obispos de Basilea y Constanza, así como para que venciese la resistencia que el provincial de los jesuitas, Pablo Hoffeo, oponía a la fundación del colegio de jesuitas en Friburgo por falta de personal maduro y apropiado (4). En Ratisbona

(1) V. *ibid.*, xxv ss.

(2) V. *ibid.*, II, xxii.

(3) V. *ibid.*, xxv ss.

(4) V. Duhr, I, 227.

conferenció con Ninguarda sobre las cosas de Coira, adonde se trasladó el 7 de noviembre. Allí encontró la situación más difícil que nunca: tratábase de la existencia del obispado. Aunque amenazado personalmente, no perdió el ánimo. Confiando en el poder de la oración, la cual pedía a todos sus amigos, logró al fin conseguir que se ajustase un convenio entre el cabildo y la liga de Cadea, por el cual se salvó la existencia del obispado, bien que abandonándose algunos privilegios. La nueva elección hecha necesaria por la resignación del obispo Beato, fué aplazada para el Corpus del año siguiente. Tranquilo creyó Bonhómini poder salir el 29 de octubre de la antigua ciudad romana (1). En Lucerna logró ahora al fin concertar con el gobierno un tratado satisfactorio sobre la reforma del clero según la mente del concilio de Trento (2). Así pudo con ánimo levantado acompañado de San Pedro Canisio y otros jesuitas, ponerse en viaje para Friburgo. Como antes los de Berna se habían quejado de que el nuncio evitaba su ciudad, esta vez tomó el camino por Berna. Pero a su llegada se vió allí expuesto a groseros insultos de parte del populacho a pesar de ir acompañado de un funcionario municipal de la ciudad de Lucerna (3). En Friburgo, donde permaneció la mayor parte de diciembre, removi6 felizmente las últimas dificultades respecto a la fundación del colegio de los jesuitas, al cual en virtud de una facultad pontificia se dieron los bienes de la abadía premonstratense arruinada de Marsens (4). Bonhómini presentó al concejo los dos padres con estas palabras: «Aquí tenéis ahora, varones de Friburgo, una piedra preciosa que debéis envolver en algodón y guardar en cajita de seda, tratándola con especial veneración como una joya santa» (5).

A principios del año 1581 Bonhómini se encaminó a su obispado de Vercelli, desde donde en mayo fué apresuradamente a Coira para dirigir la elección de obispo, de la cual salió Pedro

(1) V. Steffens-Reinhardt, II, xxviii s. Cf. Hirn, II, 218 s.; Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, xxviii.

(2) V. Segesser, Historia del derecho de Lucerna, IV, 452 s.; Steffens-Reinhardt, II, 546 s.

(3) Mayer, I, 280 s. Steffens-Reinhardt, II, 554 s.

(4) Cf. Büchi en las Hojas sobre la historia de Friburgo, 1897; Duhr, I, 226 s. Acerca del excelente rector del colegio de jesuitas de Friburgo, el silesiano Pedro Michael, además de Duhr, loco cit., Kälín en las Hojas sobre la historia de Friburgo, 1901.

(5) V. Riess, Pedro Canisio, 473.

Rascher el 3 de junio (1). Ya sabía entonces que después de este acto tendría fin su nunciatura de Suiza. Lo que determinó la resolución del Papa fué sin duda la actitud al fin en manera ninguna enérgica que tomaron los cantones católicos a vista del suceso de Berna, contrario al derecho de gentes, gravemente sentido en Roma (2). La nunciatura de Suiza debía por algún tiempo quedar vacante, para que aprendiesen allí a apreciar mejor la presencia de un representante de la Santa Sede (3).

Bonhómini se volvió ahora a su diócesis de Vercelli, pero no se le concedió dedicarse a ella largo tiempo, pues ya en agosto le encargó el Papa con expresiones de la mayor confianza la visita de la diócesis de Novara. Mientras se preparaba para ella, nombrósele el 16 de septiembre de 1581 sucesor del inesperadamente fallecido Octavio de Santa Croce, nuncio en la corte imperial (4). La elección para este puesto tan honroso como importante demuestra cuánto se apreció en Roma la actividad de Bonhómini en Suiza, donde este excelente discípulo de San Carlos Borromeo, aunque molestado repetidas veces por enfermedades, con el más noble celo del cumplimiento de su deber no había dejado de visitar ningún lugar importante en lo eclesiástico, y lleno de ardiente amor a la Iglesia, había empleado todas sus fuerzas en la renovación del clero secular y regular profundamente decaído. «Ojalá que un varón semejante, escribía el canónigo Marco Antonio Bellini a San Carlos Borromeo, hubiera sido enviado a Suiza antes del tiempo de la apostasía.» (5)

Bonhómini no se engañó sobre que se necesitarían todavía largos años de trabajo para dejar firmemente cimentada la reforma por él comenzada en Suiza. Los males estaban allí tan de

(1) V. Mayer, Historia del obispado de Coira, II, 174 s.

(2) Cf. el breve de 11 de febrero de 1581, en el Archivo para la historia eclesiástica de Suiza, II, 57.

(3) V. Ehses-Meister, Relaciones de nunciatura, I, xxix. I; Cf. Hürbin, II, 247.

(4) V. *ibid.*, xxix-xxx. Después de la partida de Bonhómini, los más importantes negocios de Suiza recayeron de nuevo en Ninguarda; v. Mayer, I, 223 s.; Revista para la historia eclesiástica de Suiza, X, 209 s. Sobre Santa Croce cf. Hansen, I, 302, II, LXVI.

(5) Carta escrita desde Einsiedeln en 15 de agosto de 1579 en Steffens-Reinhardt, I, 435. «Sólo lo que hizo Bonhómini en el primer medio año de su actividad en Suiza, excede la medida de lo ordinario», juzga Büchi en la Revista para la historia eclesiástica de Suiza, I, 148.

antiguo arraigados, y tan extensamente ramificados, que no bastaba «una sola purificación del templo» (1). Eran necesarias especiales fuerzas auxiliares que continuasen trabajando en la misma dirección.

Semejantes hombres nunca perezosos los halló el nuncio en los jesuitas. Del gran fruto de sus ministerios apostólicos se había certificado en Lucerna; por eso sus esfuerzos iban dirigidos a fundar otras residencias. El plan de llevar los jesuitas a Baden de Argovia se desbarató. En Friburgo con la erección del colegio había asegurado Bonhómini la renovación eclesiástica y alejado el peligro de que la ciudad y el país fuesen arrastrados a las nuevas doctrinas por los vecinos cantones protestantes (2). Con el tiempo vino a ser el colegio de Friburgo en el oeste de la Confederación un firme amparo de la antigua Iglesia, semejante al que lo representaba ya Lucerna en la Suiza central (3).

Otro auxilio vino a los católicos de Suiza por el llamamiento de los capuchinos. Con su acostumbrada perspicacia en las cosas espirituales San Carlos Borromeo había ya en 1570 llamado la atención hacia ellos. El arzobispo de Milán fué luego quien junto con Bonhómini procuró que saliesen victoriosos los esfuerzos de Walter Roll y Melchor Lussy por fundar una residencia de capuchinos en Altdorf (4). En 1581 llegaron los primeros padres a esta pequeña ciudad, en la cual la leyenda coloca el teatro del tiro a la manzana de Guillermo Tell; junto a la iglesia en la parte superior se edificó el pequeño y atractivo convento, que conoce todo visitante de los cantones primitivos (5).

Bonhómini ya en 1578 había llevado algunos capuchinos a la Valtellina, pero no fué allí posible la fundación de un convento por efecto de las turbulencias que hubo con ocasión del litigio del obispo de Coira (6). En cambio todavía en tiempo de Gregorio XIII se logró la fundación de residencias en Stans y Lucerna, donde se asignó a los padres el santuario que en el Wesemlin es célebre lugar de peregrinaciones (7). Estas residencias, que se aumentaron en el tiempo siguiente, fueron puntos de partida para la nueva dilatación de la vida religiosa en Suiza. San Carlos Borromeo dedicó a ellas la mayor atención.

A fines de 1583 el gran arzobispo de Milán, acompañado de un jesuita y un franciscano, se presentó otra vez personalmente en

(1) V. Grütter, loco cit., 33.

(2) Cf. Duhr, I, 228, 440, 479.

(3) Juicio de Dierauer, III, 339.

(4) V. Steffens-Reinhardt, I, 192 s., II, 123, 141, 225, 238, 255, 306.

(5) V. Chronica provinciae Helveticae Ordinis Capucinatorum, Solod., 1884, 6 ss. Cf. El amigo de la historia, LII, 292 s.

(6) V. Steffens-Reinhardt, I, 158, II, 493

(7) V. Chronica, 12.

Suiza. Comenzó por la visita y reforma del valle de Misox en el país de los Grisones. El celo y el espíritu de sacrificio que manifestó en ello, fueron recompensados con extraordinarios éxitos. El pueblo acudía numeroso a la recepción de los santos sacramentos, muchos protestantes se convirtieron a la Iglesia, los vacilantes fueron afirmados en la fe y desterrados antiguos abusos. La extensión de la visita pastoral en el país de los Grisones y en la Valtellina, así como la fundación de un colegio de jesuitas en Roveredo impidiólas sin embargo la resistencia de los protestantes grisones (1).

Hacia el fin de su vida San Carlos Borromeo intentaba un nuevo viaje a Suiza, para consagrar las iglesias de los capuchinos de Altdorf y Stans. La muerte impidió la ejecución de este plan. Los grandes méritos del arzobispo de Milán en la conservación y purificación de la antigua Iglesia en Suiza (2) no están allí olvidados; todavía actualmente se hallan en el país en todas partes numerosas señales y demostraciones del agradecido amor y veneración para con el varón que Paulo V puso en el número de los santos (3).

SEGUNDA PARTE

1. Gropper y sus encargos, Elgard; 2. La restauración católica en la Alemania central (1. Bamberg, 2. Eichstätt, 3. Wurzburg, 4. Fulda, 5. Maguncia y el Eichsfeld); 3. La Declaración fernandina y su suerte en la dieta electoral de 1575 y en la dieta de 1576; 4. Rodolfo II y la dieta de 1582

I

Al mismo tiempo que Portia, el 5 de mayo de 1573 había sido enviado al otro lado de los Alpes Gaspar Gropper como segundo de los nuevos nuncios para Alemania. Gropper era natural de la Alemania inferior, de Soest. Después de sólidos estudios de juris-

(1) Además de la bibliografía indicada en las páginas 102 y 111 de nuestro volumen XIX, cf. también Mayer, I, 193 s.; El amigo de la historia, LIV, 210, 213. Respecto del escrito de Camenich: San Carlos Borromeo y la contrarreforma en la Valtelina, Coira, 1901, v. Wymann en el Anuario Hist., XXIII, 633 s. y Mayer en la Schweiz. Rundschau, II, 416 s.

(2) Cf. Köhler en el Archivo para la historia de la civilización, XIII, 1917, 149.

(3) V. Mayer, I, 201; Wymann en El amigo de la historia, LII, 263 s., LIV, 144 s.